

EN LA CRUZ Y EN LA KÉNOSIS

Hoy hemos de vivir el ministerio en comunión con el Siervo sufriente: en el silencio, el anonimato, en la espiritualidad del abandono. Animando y coordinado una parroquia popular y acompañando a los militantes de la Frater se experimenta cómo el Evangelio crece en los pobres, en las personas poco reconocidas socialmente.

Por el misterio de la encarnación Dios baja hasta nosotros: “...se hizo semejante a los hombres. Y en su condición de hombre, se humilló a si mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz” (Cf. Flp 2,6-11). Meditando el misterio de la encarnación se ilumina nuestra vida y nuestro ministerio. Un día, con los sentimientos de Cristo, dijimos “Aquí estoy para hacer tu voluntad”, y una y otra vez lo vamos repitiendo, aunque una y otra vez nos vamos sintiendo más abajo, más pequeños, viviendo vez más ignorados en un mundo que cada vez sabe más; más pequeños en un mundo que cada vez es más grande, que no nos tiene en cuenta ni valora lo que le ofrecemos. Constatamos lo que dice el profeta: *¿Quién ha escuchado nuestro mensaje?* O como dice San Pablo: *Estamos apurados, pero no desesperados. Somos los tristes que alegran a todos.*

La cruz se nos hace cada vez más presente, más auténtica. La cruz que no hemos buscado, la que parece ineficacia y es poder del Señor.

¡Cuanto podemos agradecer la experiencia de cruz que vivió Chevrier y que recoge el “Mural de Saint Fons”! Ser un hombre crucificado no es una metáfora, ni una espiritualidad para los momentos de generosidad, sino para los momentos de dificultad. La cruz nos hace, nos prepara para ser un pan comido, pero sin la fácil satisfacción de que nos estén deseando. Es el pan que se ofrece de forma gratuita, muchas veces oblativa.

No hemos buscado la cruz, pero nos llega en cada momento, está muy presente, y se encuentra con la fe de los que creemos que la fuerza se realiza en la debilidad. Se encuentra la cruz con la esperanza que nos lleva cada día a estar en el campo de batalla experimentando que la vida se realiza sin la necesidad del aplauso. Aunque sabemos, y así no desafiamos a la gracia, que nuestra fe y nuestra esperanza ha de encontrar la cercanía de los hermanos, de los compañeros, de la comunidad, y de la imaginación para emprender nuevos caminos, y de la oración para no perder la confianza. Permanecer en el ministerio no es un heroísmo, es una gracia. Ayudarnos a vivir este momento no es un voluntarismo, sino un saber gozar porque sabemos de quien nos fiamos. ¡Qué grande o qué profunda viene a ser **la espiritualidad del “abandono”**! Hemos tenido que pasar de la espiritualidad de ser un frente que iba a cambiar el mundo, a la espiritualidad de creer que el mundo sólo lo salva el Señor, y nosotros, después de hacer lo que debemos, somos los “siervos inútiles”.

¡Cuánto bien nos hizo la reflexión sobre el Siervo de Yahvé! Cada vez vemos con más claridad que es lo más específico de nuestra espiritualidad, pues nos lleva a vivir el sacerdocio de Cristo, un sacerdocio existencial. “No quieres sacrificios... Aquí estoy para hacer tu voluntad”.

En estos años nos preguntamos por la unidad de vida en el ministerio. No es suficiente organizarnos porque son muchas las tareas, ni sólo hacer prioridades. Necesitamos escuchar al Dios Trino y contemplar a Jesucristo en su obediencia hasta dar la vida en la

cruz. Jesús pasó del éxito en Galilea al rechazo en Jerusalén. Pablo es el apóstol que abre caminos, pero que experimenta la cruz del ministerio. Chevrier tiene éxito en la Guillotiére, pero la cruz está muy presente en su vida, especialmente cuando sus compañeros se le van y lo dejan solo.

Nosotros, los que llevamos años en el ministerio, hemos pasado por el éxito de haber organizado acciones liberadoras, educativas, renovadoras, y ahora nos toca vivir el ministerio en ausencia de protagonismo, en pobreza. Hemos pasado de conocer a Dios de oídas a conocerlo de cerca, a experimentarlo como Job.

En este momento vivo en la dificultad y en la paz; en el esfuerzo y la esperanza; en la dicha de creer sin ver. Vivo en una sociedad que tiene sus propios recursos y creo en lo que le aporta mi ministerio. Me siento bien viendo que otros crecen y yo disminuyo. Celebro que el que no desparrama recoge; y siento que a todo esto me estoy iniciando cada día, que *el Señor me espabila el oído para que escuche como los iniciados*. Cada vez tengo menos complejos de grandezas y autosuficiencia, y al mismo tiempo menos complejos de inferioridad, de amargura. La unidad de vida en el ministerio nos aporta salud y nos capacita para el servicio de sanar.

El Señor en estos últimos años de ministerio, además de una parroquia popular, me ha regalado una porción escogida de su viña, vivir el ministerio de consiliario en la Fraternidad Cristiana de Enfermos y Minusválidos (FRATER). Ellos son un signo de la presencia del Reino en nuestra sociedad y a mí me ha tocado estar el servicio de este signo. Y desde este signo descubro otros signos de presencia del Reino, que son una llamada a la Iglesia que busca caminos para la nueva evangelización. No es la “pureza” de estos grupos la que evangeliza, sino su existencia poco reconocida y su palabra que se expresa con fuerza en la dificultad. *“Vayan a contar a Juan lo que están viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan...y a los pobres les anuncia la Buena Noticia”* (Lc 7,21-23).

Los militantes de FRATER han unificado su vida uniendo su propia liberación y el servicio a los demás. Nosotros, que buscamos unidad de vida en el ministerio, podemos ver aquí un camino a recorrer. Salir de nosotros, de nuestras estructuras y rutinas. En la Frater a esto le llamamos contactos, preguntar por nuevos enfermos y minusválidos. Es su forma de evangelizar. Se han convertido en una voz para mi ministerio. *“¡Y dichoso el que no encuentra en mi motivo de tropiezo!”*.

*Luis Marrero
Canarias*